

**Centro: IES Luis Vélez de Guevara**

**Coordinador Escuela Cultura de Paz: Rafael González Requena**

**Proyecto: "LEÓNIDAS. JÓVENES ADOLESCENTES ESCOLARES COMPARTIENDO SU TIEMPO LIBRE CON ANCIANOS"**

Écija, 2 de abril de 2009.

Aquí presentamos el último informe antes de irnos de vacaciones. No queríamos dejar de enviar este testimonio de Cristina Carmona. Sobran las palabras.

"El pasado 26 de marzo asistimos como casi todas las semanas a visitar de nuevo a nuestros estimados "viejecitos". Cada semana, vamos con algún objetivo: esta vez era la de jugar con ellos al bingo, pero luego allí nuestros planes se desmoronaron. Allí el tiempo parece como si se detuviera; no hay prisas ni estrés, sólo tranquilidad y calma y se nos pasa la tarde saludando a unos y a otros y contándonos anécdotas de sus vidas. Cada uno empieza a hablarnos de algo distinto y sin orden alguno. Sobre todo hablan del pasado. Como todos sabemos, los ancianos viven aferrados al pasado. Todas sus conversaciones giran en torno a él. Por eso no es de extrañar que sus frases comiencen todas por: "aquellos tiempos tan malos..." "cuando yo era joven...", "¡ay qué ver como han cambiado los tiempos!" Sólo viven de recuerdos. Recuerdos tan arraigados que cuando los expresan se percibe en sus voces y en sus caras dolor, alegría, tristeza, añoranza, melancolía, ternura, ilusión... y un sinfín de emociones insospechadas.

En la última visita fue Eulalia la que nos ablandó el corazón. Es una anciana que casi siempre está en su habitación o en el salón donde está ubicada la televisión y donde se encuentran la mayoría de los ancianos cuando vamos a visitarlos. Ella siempre está sentada allí, en la silla del fondo a la derecha, apoyada en su chibata, tranquila, silenciosa, sin mirar la tele, absorta en sus pensamientos, con cara de tristeza y pensativa, a la espera de la visita de su sobrina.

Pocas veces tenemos la oportunidad de hablar con ella, pero cuando lo hacemos pronto percibimos que es una mujer sin ganas de vivir. No hace falta más que hablar cinco minutos con ella para percatar de su desilusión ante la vida. No ha estado nunca casada, ni ha tenido hijos y siempre habla de que con esa cara cómo iba encontrar novio. Una gran insatisfacción se refleja en ella cuando nos habla. Se siente sola, y sin ganas de seguir, habla de que ella no hace falta en esta vida y que para qué "Dios" la tiene aquí todavía. Dice que está aburrida del día a día, y que la mayoría del tiempo la pasa sola. También siente añoranza por una antigua residencia donde ella estuvo, donde habla muy bien de los cuidadores y los elogia continuamente porque le daban mucho cariño y compañía.

Pienso, que quizás su pesimismo y su timidez son los que le impiden relacionarse con el resto de los ancianos y los que la hace estar siempre sola y en silencio. Y quizás sea también su cordura, la que le amarga sus últimos días de vida. Porque estoy segura que Eulalia habla y piensa con coherencia a pesar de lo mayor que es y quizás sea por esto por lo que se desvanece cada vez más. Ella es consciente de dónde está y de por qué está allí. Una verdad que no todas la sienten así y aunque algunas sí, la diferencia entre el resto y Eulalia es que ella no tiene familiares que acudan a visitarla, tan solo una sobrina como único pariente algo mayor que va de vez en cuando.

Lo que la distingue de los demás es que a Eulalia le gusta más escuchar que hablar, algo extraño en los ancianos. Y cuando lo hace es solo cuando insistimos en preguntas.

Cuando entré a la residencia y me puse a jugar al bingo con los demás ancianos, la vi sentada en una silla como de costumbre, sola con sus pensamientos. Estaba al final de la sala, apuesto que sin hacer caso omiso a las voces que la mujer con deficiencias psíquicas al mando del bingo daba cuando salía una bola y repetía el número en alto tres veces sin cesar. "treinta y siete, tres, siete...treinta y siete, tres, siete....treinta y siete, tres, siete..."

Me levanté y me dirigí hacia ella, me dio más pena que nunca y la vi más roja de lo normal. Quizás sea una persona con problemas hipertensión debido a su obesidad. Me senté al lado de ella y le pregunté que si se acordaba de mí. Me dijo tranquilamente que sí. Al cabo de un rato, los demás ancianos empezaron a protestar porque estábamos hablando y no se enteraban de los números a pesar de que las voces eran ensordecedoras. Pero lo que en realidad pasaba era que estaban muy tensos porque esa tarde el mismo anciano se había llevado dos bingos ya, y por lo que pude observar iba por el tercero. Pero como sus horas de bingo son "sagradas" conduje a Eulalia a la sala donde está la televisión para seguir hablando con ella.

Allí me encontré con Camen, la risueña y adorable Camen, más guapa que nunca. Con un vestido de lunares y una rebeca de hilo acorde con el día primaveral que hacía y acompañada de un abanico. La saludé y las senté juntas para poder conversar con las dos. Entonces Eulalia empezó a hablarme no sin antes insistir en preguntas, cosa que no hace falta para que Camen comience a hablar sin parar.

Fue entonces cuando me habló de su antigua residencia y de su angustiosa vida. Me habló también del pasado, ella lo llamaba "los tiempos de Franco", donde todo era muy malo, con escasez de ropa, alimento e higiene. Me contó que a un primo muy joven de ella lo llevaron a la fuerza al frente para luchar y que a ella le daba mucha pena. Y que a otro lo encontraron muerto en una charca con varios tiros en la cabeza. Hablaba con mucha angustia y dolor de aquellos tiempos. Pero como veía que se ponía más triste que de costumbre, le cambié de tema. Además estaba Camen deseosa de hablar y tomar la palabra.

El tema de Camen durante aquella tarde fue la muerte de su compañera Ángeles. Nos contó como dos o tres veces que el día de la muerte de la anciana la sacaron de la habitación de madrugada y como ella tenía frío, los cuidadores le pusieron una manta por encima. Dijo que luego la llevaron a otra habitación y que cuando sus hijos la visitaron al día siguiente ella les pidió que le trajeran su cuadro de Don Antonio y la Virgen del Valle, a los cuales tanto aprecio les tiene y de los cuales continuamente habla. Pero entonces le dijeron sus hijos que iba a volver a su habitación, que no se preocupara, que lo que había pasado era que Ángeles había muerto. Y ella nos contaba que le extrañó mucho su muerte porque el día de antes había estado acompañada de sus hijos, nietos y bisnietos (entre ellos una amiga mía y alumna del centro donde estudiamos) y que la habían visto bien. Ella decía que no hablaba mucho con Ángeles porque era sorda y no se podía mantener una conversación con ella pero que no se quejó en toda la noche, sólo decía que tenía una pequeña molestia en el brazo izquierdo. Molestia que terminó en infarto a las cinco de la mañana de la madrugada del 23 de marzo. Y muy sentida por sus familiares por ser una muerte tan inesperada.

Allí las dejé a las dos conversando. Y me sentí alegre de haber colaborado a que ambas entablaran una conversación.

En el día de hoy me siento contenta de no haber insistido tanto a Inma, una bisnieta de la fallecida a que saliera con nosotras a tomar café aquella tarde de visita a su bisabuela. De no ser así, me sentiría culpable de haberle robado el placer de estar junto a su bisabuela el último día de su vida. Pero aún así, y no siendo familiar de ningún anciano, siento un mal sabor de boca cuando piso la residencia y no veo a Ángeles en su sillita de ruedas con un aspecto aparentemente saludable. Y entonces pienso, si detrás de ella vendrán otras. Un pensamiento bastante amargo por ver que sus últimos días se consumen en una residencia sin el apoyo y calor de sus seres queridos. Y pienso que al igual que yo me encontré con la sorpresa del fallecimiento de Ángeles sin despedirme de ella, sin un apretón de manos, ni un abrazo ni un adiós, algunos hijos en la próxima visita se encontrarán con la misma por ser ley de vida el que mueran unos y nazcan otros en su lugar”

Estas son las reflexiones de alumnas y alumnos de 2º de Bachillerato que están dedicando su tiempo libre a realizar este proyecto. Si esto no merece la pena, mal lo estaremos haciendo en el sistema educativo. Que duda cabe que cuando este año se vayan del centro, algo nuestro también se irá.